

# Aburrimiento

Carlos Leoncini



# Capítulo 1

## Aburrimiento

Hacía ya varios días que habíamos zarpado de Sanlúcar de Barrameda y debíamos de haber navegado unos once o doce días hasta llegar a las islas Canarias. Es difícil decir cuánto tiempo había pasado exactamente, en especial desde mi lugar bajo cubierta, oscuro y húmedo, lleno de excremento de ratas. En Los últimos dos días, nos había acompañado una devastadora tormenta. Pensé por un momento que no lo lograríamos. Oculto desde mi escondite sentí como la fiera huracanada hamacaba con violencia la embarcación, de un lado a otro hasta dejarla caer en un pozo sin fondo. Este jugueteo despiadado y constante duró por lo menos dos días, provocando cataratas de vómitos. Esto empeoraba si había carga de esclavos. Los lances de los marineros de cubierta se escurrían con la lluvia y llegaban por unas rejillas hasta la bodega en la que me encontraba oculto. Cuando cesó el temporal, los carpinteros usaron bombas de achique para vaciar la panza del barco. Escuché las bombas chupar ese líquido espumante y hediondo como el culo del diablo.

Ellos no me vieron. Yo los sentía desde mi lugar, inmóvil y más tieso que un muerto. Ningún Capitán de barco mercante gusta de un polizón, en especial alguien como yo. Si me descubrían, serían capaces de torturarme o lanzarme por la borda. O peor, me esclavizarían hasta hartarse para finalmente colgarme del palo mayor. O quizás arrojarme a los tiburones. El viaje apenas empezaba y el terrible tedio del cruce del Atlántico aguardaba como un demonio impaciente a la espera de un alma. El aburrimiento y la rutina del viaje transformaban a los hombres en bestias salvajes, en especial si se les acababa el ron.

Fondeamos en las islas, y al cabo de unas horas, escuché cadenas de esclavos que seguramente habían sido parte de algún trueque para luego ser revendidos a algún hacendado rico en las tierras americanas. Hombres, mujeres y niños eran cosechados de diferentes partes del continente negro. Al principio la mayoría procedía de Senegal, Gambia y Guinea Bissau. Años después comenzaron a traerlos de Biafra, El Congo y Angola. Esta situación representaba un riesgo y una ventaja para mí. Mi escondite era bien seguro, detrás de unos tablones entre dos grandes vigas. Me encontraba en un espacio a continuación de la bodega principal hacia proa, un compartimiento abandonado que había sido usado para guardar herramientas obsoletas. Allí no habrían de encontrarme y cuanto mayor la tripulación del navío, más alimento disponible. Claro que no para los esclavos, una buena parte de ellos no lograría escuchar el grito de Tierra!. Un costo bien calculado por Las Flotas de Indias.

Allí en ese puerto estuvimos un par de días. Se escuchaba mucho movimiento. Yo debía estar en silencio sepulcral sin hacer absolutamente

nada, estirado como una estaca. Debe haber sido un puerto muy importante del archipiélago, posiblemente Tenerife o la Gran Canaria.

Finalmente quedamos repletos y zarpamos hacia la inmensidad del océano, con una carga de azúcar, colmillos de elefante, especias y otras mercancías. Pero no habríamos de volver vacíos, sino repletos de oro y plata. Por este motivo y a pesar de ser un barco mercante estaba muy bien artillado. La piratería en el caribe estaba completamente fuera del control de los reyes de España, Francia e Inglaterra. Estos habían comenzado a reclutar a los mismos piratas titulados como corsarios, para combatir a otros piratas. Algunos de estos cañones se habían soltado durante la pasada tormenta, aplastando a algún marinero, permitiendo que hilos de sangre se escurrieran justo por una de las rejillas de cubierta, llegando hasta mi escondite. Una maldita rata apestosa ingresó en mi habitáculo con la intención de bebérsela y la aplasté con mi pie. Así comenzaron las primeras fatalidades del viaje, más no serían las últimas.

El Capitán dio la orden y el contraмаestre hizo lo propio con sus oficiales a cargo. Se izaron las velas y se enfiló proa hacia las Antillas. Nuestro galeón era El Manila. Un barco de gran porte. Más grande que un cachalote y lento como una tortuga verde de las Galápagos. Con suerte tardaríamos cuatro o cinco meses en cruzar el Atlántico. Sin nada que hacer, oculto y con miedo. Sólo podía salir por la noche, cuando la mayoría de la tripulación descansaba y los hombres se emborrachaban hasta salirseles los ojos de las órbitas.

Los primeros días fueron tranquilos y mortalmente aburridos. El contraмаestre animaba a uno de los marineros para que interpretara alegres salomas, con las que no sólo se combatía el aburrimiento sino que mejoraba el ánimo y aumentaba la productividad. A veces el navío se mecía con suavidad, podía escuchar el rechinar de cada pedazo de madera del barco, de las drizas tensarse, el susurro del viento inflando las velas, cosas caerse al piso, cosas romperse y gritos. Cada vez que había que corregir el rumbo, asegurar algún cabo o el vigía avistaba algo en el horizonte, se escuchaban gritos pelados de aquí para allá. Mayormente en idioma español pero también escuchaba el mandarín y el hindi. Y por supuesto, el explosivo estallido del látigo sobre la piel curtida de los negros y sus gritos desgarradores. El olor a sangre atravesaba la bodega desde proa a popa llegando a mi habitáculo. Era algo espantoso y horripilante. La sangre atraía a las ratas.

Todos esos ruidos eran una tortura. En mi estado de quietud y tedio, me llevaba a la desesperación. Quería dejar de escuchar, concentrarme en alguna otra cosa pero me era imposible. Hasta que por el agotamiento caía en un estado de lasitud sin llegar a dormirme. Un estado de trance sin poder bajar los párpados, con los ojos ciegos bien abiertos, en las

tinieblas de mi refugio.

Hacia el final del día, el trabajo de los hombres, fatigados por las rutinarias tareas, empezaba a bajar junto con el sol que se zambullía en el horizonte. Yo me preparaba para salir de mi refugio y estirar un poco mi cuerpo. Después de semanas eternas de inmovilidad secular y desánimo, los huesos empezaban a sobresalir por sobre las pocas carnes que me quedaban. Asomaban recordándome aquellos barcos encallados en playas de arenas blancas. Mis magras articulaciones sonaban como una bisagra oxidada por el salitre marino. Sentía que los pulmones colapsaban por los hedores humanos y se estrujaban contra mi corazón más duro y arrugado que la cáscara de un percebe. Debía procurarme sustento, alimentarme, mojar mi lengua de lagarto antes que las ratas se apropiaran de mi cuerpo. Dejé pasar algunas horas sin hacer nada, quieto como una piedra, masticando el sabor a bilis de la desesperación.

A diferencia del principio del viaje, sólo necesité correr uno de los tablones de mi prisión. Como una sombra, mi cuerpo pasó entre ellas y me dirigí a la bodega contigua, hacia proa en donde estaban los alimentos.

Me moví flotando como una pluma, nadie me debía de escuchar. Al doblar la esquina para llegar a la puerta, me encontré con el guardia. El vaho de alcohol que le salía por cada uno de los orificios de su cuerpo, me atravesaron como una estaca a dos metros antes de alcanzarlo. Estaba recostado en el piso, dado vuelta como una media con su tazón vacío de ron. Con cuidado extraje la llave del candado de hierro que aseguraba la bodega de los alimentos. Al hacerlo dejé caer sin querer su pipa al suelo, aunque no lo notó. Podría haberle atravesado de lado a lado con una lanza y no se hubiera dado cuenta. Introduje la llave con cuidado de hacer el menor ruido en esa vieja y herrumbrada cerradura.

Al abrir, un olor penetrante a excrementos y orines escaparon de aquel recinto oscuro y tenebroso. Apenas se escuchaba el choque de cadenas por el vaivén de las olas. Me acerqué de a poco hacia un haz de luz de luna que se colaba desde una hendidura del techo y clavé mis colmillos bien hondos sobre ese cuello negro que brillaba de sudor. Una riada de sangre me colmó la boca con tal fuerza que no pude evitar que parte se escurriera por mis comisuras. La vida llenó mi cuerpo seco y lo revitalizó. Sé bien lo que están pensando, que me aproveché de hombres indefensos y casi muertos. Créanme que esos negros tuvieron su venganza y les juro por Luzbel que El Manila jamás llegó a destino.